



LA CIUDAD DE ELSENØR Y EL CASTILLO DE KRONSBOG.

En la punta de la isla de Seeland, á la orilla del estrecho llamado el Sund, y que une el mar del Norte con el Báltico, está situada la risueña ciudad de Elsenør, poblada de mercaderes, de corredores de comercio, de armadores y de marineros. La población de aquella costa dinamarquesa no cuenta arriba de 6.000 almas. Pero la cantidad de buques que afluyen allí en verano, los extranjeros de todas clases que la atraviesan, los negocios y operaciones mercantiles que se efectúan con el mundo entero, hacen que sea durante cinco ó seis meses del año una de las poblaciones mas animadas y mas interesantes que pueden hallarse. Cada buque dinamarqués ó extranjero que entra en el Sund, está obligado á detenerse allí á pagar un tributo á la Dinamarca, tributo antiguo y gravoso, contra el cual han protestado ya varias naciones, pero que fué asegurado por los tratados de 1813, y que subsiste aun en toda su estension. En los meses de junio y julio llegan allí 100 y hasta 200 buques por día, de Inglaterra, España, América, Francia, Rusia, etc., de los países mas remotos y de los mas próximos. Cada embarcación, para satisfacer el tributo que le es impuesto, debe hacer constar en la aduana de Elsenør la estension y valor de su cargamento. Es una operación que, á pesar de los muchos aduaneros que hay empleados, y de la celeridad con que se efectúa, ocasiona con frecuencia un retraso de dos ó tres dias, y hace entrar en la ciudad un gran número de marineros que permanecen ociosos inútilmente á bordo de los buques. Estos derechos que percibe la Dinamarca de tantas embarcaciones, la producen una renta anual de unos doce millones: es el mejor ingreso de su erario. Fueron establecidos hace muchos siglos, en la época en que tantas bandadas de piratas infestaban los mares Báltico y del Norte. La Dinamarca emprendió entonces el proteger á todos los buques mercantes contra aquellas hordas terribles, con la sola condicion de que cada uno daría una indemnizacion. La indemnizacion se ha convertido paulatinamente en un impuesto regularizado: los piratas han desaparecido, y la Dinamarca no tiene que hacer sino un gasto insignificante para tener estacionada una fragata á la entrada del estrecho, sostener la farola de la costa y la fortaleza de Cronsborg.

Este castillo está edificado al estremo de la punta de la isla que se adelanta hácia el mar. Había allí, desde la época mas remota, una torre y algunas murallas toscamente construidas. En el siglo XV se empezó á construir en aquel sitio tan notable por su topografía, un

edificio mas estenso; y en el siglo XVI Federico II hizo levantar á su costa el castillo que hoy existe. Es un edificio estenso, cuadrado, de piedra de sillera, muy semejante por su forma exterior á los antiguos castillos de los príncipes que se encuentran en el Norte de Alemania, y defendido por todos lados con anchas contraescarpas é imponentes baluartes.

Se enseña á los extranjeros que le visitan una sala inmensa llamada Sala de los Caballeros, y casamates, bóvedas profundas en que varios regimientos podrian hallar un refugio en caso de guerra, y reunir provisiones para varios meses. Pero cuando se visita á Cronsborg, lo que llama la atencion mas aun que la suntuosa Sala de los Caballeros y las bóvedas sostenidas por enormes pilares de piedra, es un cuarto húmedo y lóbrego, que recibe la luz por una sola ventana, cuyos vidrios, resguardados por espesas barras de hierro, se abrían casi al nivel del mar. Allí fué donde la reina Matilde, arrancada por una catástrofe sangrienta del trono que embellecía con su juventud y sus gracias, esperó durante largas horas y aun largos dias, la fragata inglesa que debia transportarla á Alemania.

Si hubiera podido subir á la plataforma del castillo ó á las azoteas de las torres, quizás su imaginacion se hubiera distraído, sus miradas se hubieran recreado en el espléndido panorama que se estienda alrededor de aquella fortaleza: enfrente de las murallas está la villa de Helsingborg; las costas de Suecia con las montañas onduladas, las pendientes azuladas de Kullen, que, segun la opinion de Rudbeck, el sabio intrepido, son las verdaderas columnas de Hércules; entre aquellas playas de Suecia y las de Dinamarca, la inmensa mar, brillando con infinitos colores, sembrada de lanchas, de embarcaciones mercantes y de buques de guerra; y al mirar el terreno de la Seeland, bosques de ayas, praderas deliciosas, una colina poblada de árboles, que se eleva aun como en el tiempo del paganismo, Scandnava, y al pie de esta colina una piedra, un sepulcro, ante el cual deben descubrirse é inclinarse todos los amigos de la buena poesia: ¡es la tumba de Hamlet! Los habitantes de Elsenør le aseguran. Shakspeare lo sabia, y mucho antes que Shakspeare, Rajon, el gramático, habia descrito prolijamente la muy dramática historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca.

LOS GENIOS GEMELOS. (4)

NOTAS PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DEL PARALELO DE SAFO Y SANTA TERESA DE JESUS.

De Safo.

1.ª

La historia de Safo está envuelta en la oscuridad, y confundida con la de otra Safo, griega también y poetisa célebre. Algunos autores, y entre ellos los que con mas seguridad afirman que hubo *dos Safos*, son *Suida* y *Eliano*. Dicen que la primera floreció en los tiempos de Alceo; pero no señalan la época de la segunda, ni expresan con claridad cuál de las dos fué la mas célebre. A una de estas atribuyen por tradición *costumbres deshonestas*, y todo nos induce á creer que no es á la Safo autora de la oda á Faon; porque está afirmado, con el testimonio de escritores respetables y por la inscripción que se lee distintamente sobre el mármol (2) en la crónica de Paros, que esta fué la contemporánea de Alceo; que huyó á Sicilia entre los desterrados de Mitilene enemigos de Pirrao. La otra, á quien también suponen inventora de los sáficos, era la casada con Cerecla, Andrio de nación, de quien tuvo una hija llamada Clida. Es evidente que mezclan las obras de una con las hechas de otra, cuando siendo la autora de la oda la contemporánea de Alceo, suponen que otra Safo, mujer de Cerecla, era la inventora de los sáficos. Las invectivas de algunos escritores griegos contra la Safo cortesana, madre de Clida é infiel á Cerecla, y el silencio que guardan otros acerca del estado de la Safo, amante de Faon, ofrecen nuevas razones para creer que existieron dos Safos. Porque era natural que al referir la historia de la amante de Faon, sus infortunios y su trágica muerte, se hiciese mención de su hija y ningún escritor la hace.

2.ª

No hay en los libros griegos que hablan de Safo, ninguna acusación que tenga probabilidad siquiera para suponerla mujer deshonestas. Las acusaciones que existen de escritores muy posteriores á Safo, es decir al siglo VI, según unos y VII según otros antes de J. C., se fundan solo en el rumor de las tradiciones.

3.ª

Hay muchas razones para creer que la Safo, autora de la oda, era severa en los puntos de honra y amiga de la virtud. Son las siguientes. Que Aristóteles (3) dice:

«Alceo había concebido por Safo un tierno amor. Un día la escribió:— Quisiera explicarme pero el rubor me lo impide.— Safo contestó:— Tu frente no tendría rubor si tu corazón no tuviese culpa.»

Si Safo fuese una mujer envilecida, ni Alceo la hablaría con tanto respeto, ni ella contestaría con tanta dignidad, ni el sábio Aristóteles escribiría este hecho. Las máximas de Safo que han pasado á la posteridad son:

«Yo he recibido el amor de los placeres y el de la virtud en partes iguales. Sin ella nada es tan peligroso como la riqueza; y la felicidad consiste en la reunión de ambas (4).»

«Esta persona se distingue por su belleza: aquella por su virtud. La una parece bella á primera vista. La otra no lo parece menos á la segunda.»

Una mujer infame no podía expresarse de este modo ante el pueblo de Atenas, el mas indulgente con la corrupción, el mas inaplacable con la hipocresía. Aristóteles (5) dice que los griegos estaban llenos de veneración hacia Safo. Los griegos *amaban* á los héroes y *admiraban* á los sábios, pero no *veneraban* sino á los dioses. Esta *veneración* consagrada á un mortal, envuelve la idea de un mérito superior en el ser *venerado*.

En un libro de escritores anónimos se dice, que *Euchyr* esculpió la primer estatua.

Ciceron (6) asegura que la estatua que se elevó á Safo fué esculpida por Silencio. Las monedas que se acuñaron con su busto demuestran hasta qué punto llegaba la *veneración* hacia Safo.

4.ª

Safo fué víctima del odio de las cortesanas de Atenas (7), y se quejó de sus persecuciones. Un epigrama de Safo, que existe y cuya

(1) Para no entorpecer la lectura de cada paralelo con apilaciones y textos, ponemos estos al fin de cada uno en artículo separado.

(2) Bartolomé

(3) Lib. 1.ª, t. 5, cap. 9, p. 331.

(4) Sappho, ap. Atha. lib. 15, p. 687. Plat. olimp. p. 96. Bod. fragm. Crit. Wolf, p. 75.

(5) Hist. lib. 5, cap. 25.

(6) In. var. lib. 4, cap. 37, p. 403.

(7) Hist. lib. 5, od. 13.

traducción ha hecho con tanto tino un literato contemporáneo, añade á esta enemistad. La ofendieron, respondió con la ironía y arañó de imitarlas.

5.ª

Safo no huyó á Sicilia tras de su amante. En la nota primera explicamos la razón de su huida (1). Safo se vió obligada á buscar un asilo contra las persecuciones. En un libro de inscripciones hallamos aludiendo á la crónica de Safo esta voz *αυδ'αχιστος* que á nuestro entender dice *sufrimiento*.

6.ª

Safo era altamente religiosa según las creencias de aquellos tiempos, como puede juzgarse de ello por los versos en que pide auxilio á la diosa Venus, y que empiezan:

Παιξιλονδ'.....

¡Eterna y hermosa Venus. Diosa hija del grande Júpiter.»

7.ª

El crimen del suicidio no está comprobado por el salto de Leucades. El salto de Leucades era mas bien una ceremonia religiosa del pueblo griego. Un sacrificio consagrado á Apolo.

Bartolomé hace la descripción de esta memorable fiesta, que reunía todos los años en el templo de Apolo á los pueblos mas fanáticos de Grecia.

Safo fué á Leucades (2) á buscar el remedio contra su pasión desgraciada. Tres oráculos habia consultado y estaban conformes. La adivina Manto (3) se lo habia predicho. Un sacrificio que se consagraba á un dios y que era aprobado por los oráculos y bendecido por los sacerdotes, no era en Grecia un crimen sino una virtud heroica. Safo no fué, no pudo ser criminal sino con relacion á nuestras doctrinas, según la religion que desgraciadamente profesaba, por no conocer la luz del catolicismo, Safo descendió á los mares para subir al olimpo.

La ignorancia pues, ó la injusticia de los hombres, pueden solamente condenar á Safo por su sacrificio, juzgándola como á los criminales que se suicidan siendo cristianos y sabiendo que ofenden á su Dios.

Safo por lo que resulta de nuestras investigaciones hechas en las entrañas de la historia á través de la fábula, fué la heroína mas ilustre, la amante mas infortunada y la poetisa mas gloriosa del mundo.

De Santa Teresa.

1.ª

El ingenio literario no lo creó en Teresa como suponen los frailes su vida monástica. Ni sus inspiraciones fueron solo para escribir sobre el arreglo de conventos. La primera obra que escribió Teresa fué una novela caballeresca que fué condenada á las llamas por la censura. El padre Ribera (4) en su libro anotado al margen de su propia letra dice:

«Diose el estudio de estos libros, y como el ingenio de Teresa era tan excelente, así debió aquel lenguaje que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro con sus ficciones caballerescas.»

«Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, comenzó á traer galas y olores y á cuidar cabellos y manos y descarr parecer bien, aunque sin mala intencion ni deseando jamás ser ocasion á nadie de ofender á Dios.»

Por el elogio del ilustrado padre Ribera, vemos cuánto era el ingenio de Teresa, aun antes de ser iluminada por la gracia divina; pero no conocemos el peligro en que se hallaba su alma por haber escrito aquel libro, puesto que lo que sacó no fué sino alición á los *perfumes* y *curar cabellos* y *manos con dexto de parecer bien*: *todo sin intencion de ofender á Dios*. Creemos que el estremado celo por la salud de las almas, hace que los temerosos padres hallen peligros en las cosas inocentes. La obra á lo que parece no tiene mas tacha que ser *facilon*. ¡Oh! cuántas ficciones hay en las crónicas de aquel tiempo, que hacen mas daño á la religion, con ser escritas por religiosos, que la sencilla y cándida fábula que podia inventar Teresa á la edad de 15 años! Por lo que hace á los *perfumes*, perfumes exhalan las flores que Dios hace brotar bajo nuestra planta, *Perfumes* ofrecemos al Señor en los altares. El *curar cabellos* y *manos* tampoco podia conducir á Teresa á la *perdition*. La limpieza que con tanto terror miran los de la orden no puede ser un vicio sino cuando la santidad sea una virtud. Esta no

(1) Herm. Oxas. apoth. 37.

(2) Menest. op. Ercel. lib. 10, p. 187.

(3) La mas célebre de las adivinas de Grecia. Decían que Venus la miraba en los fondos sacrosantos del porvenir.

(4) Vida de la madre Teresa de Jesús. -Salamanca (1599).

obstante fué la primera culpa de Teresa para ser severamente reconocida por los confesores, y el primer motivo de arrepentimiento que la llevó a huir de la sociedad. ¡Ay que quebradiza juzgaban los frailes que era la virtud! Tal vez la experiencia de los vicios del mundo traiga esta suspicacia que la inocencia no tiene ni necesita. Pero mejor que nosotros debiende Teresa su gusto por los perfumes en la respuesta que dió al venerable padre Yepes cuando al ir á limpiarse las manos en un paño oloroso, reconoció ágratamente á las monjas (1). Así dijo Santa Teresa con mucha humildad y gracia:

«Sepa, padre, que esa imperfeccion han tomado mis hijas de mí. Pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al Fariseo, en el convite que le hizo, porque no le habla recibido con mayor regalo, queria desde el umbral de la puerta á la iglesia que todo estuviera bañado en agua de ángeles, y mire, mi padre, que no se le dá ese paño por amor de V. N., sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, para que se acuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia; y si esta no fuese limpia váyanlo siquiera las manos.»

2.^a

Antes de ser santa, porque la *santidad* no es una cualidad con que se nace, sino que se *adquiere* con el ejercicio de las virtudes, con una vida pura, con un una muerte perfecta, Teresa de Jesús sufrió todas las turbaciones que afligen el corazón de las criaturas, y todos los combates que prueban la fortaleza de la virtud. Léase su vida en donde dice, que el enemigo le despertó los sentidos para pensar en cosas que no son de Dios, y cómo con la gracia de este Señor las vence y sale triunfante. Esa impassibilidad humana, esa bienaventuranza divina no la conquistó sino después de grandes luchas. Su alma se hallaba á veces confusa con las sensaciones diferentes que experimentaba. La santa lo dice (2).

«Vienen algunos días que me parece que todas las cosas buenas, fervorosas y visiones, se me quitan y aun de la memoria, que aunque quisiera no sé que cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, al menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Turbásemé el entendimiento que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo.»

Á la hora de su muerte todavía le asaltaba el temor de ser vencida. Así hasta que la criatura muere no se la puede llamar santa. Teresa como mujer sufrió mucho y solamente cuando murió para ser santa se realizó la union de su alma con Dios, que en tanto la criatura existe, aunque sea muy pura, le está aproximada pero no unida.

3.^a

Para que se conozca mejor el gran mérito de la constancia de Teresa, lo que padeció en la vida de reformadora y como era combatida por la soberbia de los frailes, y hasta qué punto llegaban las demasías de estos, copiamos algunas líneas de la carta que la madre dirigió á Felipe II:

«...Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían, según me han dicho. Y sobre todo háles quitado este los confesores y tiénelos presos en su monasterio: y deserrajaron las celdas, y tomaronles lo que tenían, los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado, como no siendo perlado ni mostrando por donde hace esto (que ellos estan sujetos á comisario apostólico) se atreven á tanto, estando este lugar tan cerca de donde está V. M.....» (3)

En efecto aun ahora nos escandaliza que en aquel tiempo pasara esto, y si no lo supiéramos de la boca divina de la santa que adoramos, creeríamos que era calumnia de gentes poco piosas. En otra carta al padre Gracian dice:

«Me línean espantada las cosas que han hecho con estas pobres. Y he procurado con ellas que obedezcan, porque era ya mucho el escándalo.»

Estos clamores de la doctora de Avila, nos parecen á nosotros justos, pero los frailes lejos de respetarlos los comentan así:

«Las monjas que son fuertes y en lo que emprenden saben sentirlo bien, se lo lloraban bien llorado á la santa; y en estos lamentos se fundan algunas almas tan amargas como aquellas lágrimas que escribe al principio y fin de su carta. «Que procuró con ellas obedencia porque ya era escándalo. ¿Y quién duda que lo era ya tanto resistir aunque tuvieran mil razones?» (4)

¡Oh cómo se traslucé aquí el corage de Fr. José, y qué poca razon muestra en querer que las monjas obedezcan á la fuerza aunque no haya razon!

Así lo conoció la santa, y á pesar de la sumision que se veía obligada á tener, en la dominacion de ellos, era tal el temor que últimamente les tenia, que hay mas de ochó cartas en que pone estos avisos.

«Si algun fraile ha de quedar allí, vuestra reverencia le avise mucho que tenga poco trato con las monjas (1).»

4.^a

En tanto el martirio que daban los confesores á la purísima conciencia de la monja, que una vez se vé precisada á esclamar con estraña energia,

«...Aunque se juntan cuantos tetrados y santos hay en el mundo y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrian hacer creer que esto es demonio, porque no puedo (2).»

Poco miramiento tenían con la santa los padres cuando no se prestaba ciegamente á los mandatos de ellos; porque también vemos que hasta el nuncio la llama (3) *muger inquieta y andariego*.

Teresa de Jesús era una victima colocada entre los ejércitos de las órdenes enemigas, que se hacían una encarnizada guerra. De sus escritos sacaban provecho comentándolos. Esto sospechamos al ver la lortura que daban á los escritos de la santa, comentándolos y recargando cada espresion con una nota. ¿Para qué? ¿podían sus comentarios darles mas claridad que la luz de la gracia divina que los inspiraba? Poco la estimaron y mucho la persiguieron. Dos veces estuvo como prisionera.

5.^a

Teresa no habia menester de los fatigosos consejos de sus directores, que la suponían estraña á la prevision de las cosas terrenales, y hábil de ser sorpreñida del enemigo. Teresa era por el contrario una vigilante y rigida censora de ellos, que descendía á juzgar los hechos profanos y darles consejos, como hacemos observar en la carta dirigida al P. Gracian, y cuya conclusion puede leerse en sus obras. En la boca de oro de Teresa de Jesús toda palabra resplandece, ninguna está fea, pero nosotros no nos atrevemos á copiarla íntegra.

«En lo que toca á esotra doncella ó dueña, mucho se me ha asentado que no es tanto malencónia como demonio que se pone en esa muger para que haga esos embustes, que no es otra cosa, para si pudiese engañar á V. P., y así es menester andar con gran recato en este negocio, y no ir V. P. á su casa: en ninguna manera no le acaezca.....» (4)

Esta no es la monja entregada al *estasis continuo*, y cuya trision es únicamente traducir á las monjas el *sentido* de sus visiones: es la muger indagadora y de razon serena que fija su penetrante mirada en la sociedad para descubrir las malas costumbres y corregirlas. Teresa ha sido acaso la única muger en el mundo que por su sabiduría infalible y por su maravillosa fortaleza ha reunido en sí las dos raras y diferentes cualidades de conocer por teoria todas las pasiones, todos los vicios de las criaturas, y de conservar por práctica toda la pureza, todas las virtudes de los ángeles.

6.^a

Es tan pueril Teresa cuando habla como monja, y la tenían tan acostumbrada sus directores á que diese cuenta de las menores circunstancias que la acaecian, como vemos por esta carta al padre Gracian:

«¡Oh mi padre! ¡qué desastre me acaeció! que estando en una parba, cabé una venta que no se podía estar en ella, entrásemé una gran salamanesca ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó y dió con ella á Alonso Ruiz en la boca.....» (5)

Fray José pone á este párrafo una nota mayor que la carta, en a cual, después de haber hablado de lo natural que era este suceso, aunque la *sabandija* no podía *morder* á una *santa*, y de la *virgen*, y de la *serpiente*, y de los *apóstoles*, y de otras cosas, concluye:

«Y cuando hubiera faltado su hermano, la misma Santa, como otro Pablo á la serpiente de Malta, la hubiera arrojado; no á la boca de Alonso Ruiz, sino al fuego de la venta ó á la *venta del fuego* (6), donde pagóse su osadia. La casualidad de dar con ella en la boca de otro seria materia de recreación, como accion indeliberada, consiguiendo á la prisa que dan lances semejantes.» (7)

(1) Cartas de Santa Teresa de Jesús.

(2) Id.

(3) Id.

(4) Cartas de Santa Teresa, folio 440, tomo IV.

(5) Cartas de Santa Teresa.

(6) No lo entendamos.

(7) Notas de Fr. Antonio José, curulella devalco, á las obras de Sta. Teresa.

(1) Vida de la Santa madre Teresa de Jesús por el padre Yepes, lib. 3.º cap. 5.º

(2) Cartas de Santa Teresa.

(3) Cartas de la Santa madre Teresa de Jesús.

(4) Notas de fray Antonio José, curulella devalco, á las obras de Santa Teresa.

¡Que tan sábia doctora diese cuenta de esto, y que tan doctos varones se ocupasen en comentarlo!

7.º

La fé piadosa que los frailes afectaban tener en los escritos de Teresa como obras que Dios mandaba escribir, no está justificada con sus actos. Para que se conozca cómo todos los escritos de Teresa eran alterados, véase que ni los *escritos* que formó *auxiliada del Espíritu Santo* se salvaron de ser *corregidos, suprimidos y momentados*. Léase la *Bulla á propra Motu* del papa Sixto V.

8.º

Reuniendo todas las noticias que existen de los escritos de la Santa, se puede calcular que escribió mas de 2,000 cartas. Pero muchas de las que escribió á Felipe II, han desaparecido, y, según afirman los mismos padres, San Juan de la Cruz rompió todas las que habían sido dirigidas á él. Se ignora la suerte de las otras, así como de infinitas obras que no han visto la luz.

9.º

Á Santa Teresa no se la puede comprender sino estudiando en sus escritos, sin atender á las interpretaciones y comentarios que tienen la mayor parte de ellos. Los frailes han presentado una Teresa de Jesús que no es la verdadera, porque la verdadera es mas fuerte, mas grande, mas sábia, mas sublime, mas espiritual y Santa que la que presentan ellos. Solo el elogio del sábio Fr. Luis de Leon y el de alguno otro que han hecho justicia á su gran talento y á sus virtudes, pueden iluminarnos para comprenderla como muger y como escritora. Como santa basta con la fé para adorarla en los altares.

CAROLINA CORONADO.

Sierra de la Jarilla, mayo de 1848.

ESTUDIOS HISTÓRICOS. CANTORES ANTIGUOS.

IV. MINISTRILES.

Hemos dicho antes que las crónicas latinas llegaron á confundir el nombre de scaldas con el de ministril y juglar, y seguramente no es de extrañar, porque el ministril fué llevado á Inglaterra por sus nuevos conquistadores. Luego que los normandos adoptaron la lengua romana-francesa, ya los cantores scaldas no se llamaron sino *menestriers*, hoy *ministrile* en inglés, y en nuestra lengua ministriles ó menestrales; y es indudable que de los primeros salieron los últimos, adoptando su ejercicio y sus costumbres, ó si se quiere no eran mas que unos scaldas degenerados. Los ministriles no dejaban de estar bastante en boga, pues se dice que los había en gran número en el ejército de Guillermo el Conquistador (1066); citándose entre ellos por sus proezas al célebre ministril Tallalero, que entonando la canción de Rolando (1), rompió con la lanza las arrebradas filas de los sajones, armados de mazas y hachas en la batalla de Hastings, y cayó muerto peleando.

Del normando al acorruca
Los ingleses dispersarse....
Tallalero el buen cantor...
Sobre alazán corredor,
Iba delante cantando
A Carloman y á Rolando,
Y á Oliveró y sus *mesalls*
Muertos allá en Roncevalles (2).

Los ministriles ó cantores públicos del tiempo de Enrique II cantaban en sus baladas las gracias y encantos personales de Rosamunda Clifford, una de las queridas de dicho rey, y la muger mas hermosa que hasta entonces se había visto en el país. Estos cantores continuaron honrados en Inglaterra, como se ve por la brillante acogida que un siglo después daba Ricardo I, llamado *Cœur de Lion*, coronación

de Leon, á los muchos ministriles y trovadores que acudían á su corte de varios puntos de Europa. La historia refiere que Ricardo, como muy aficionado á la música y á la poesía, y poeta él mismo, llevaba consigo en su expedición á la Palestina muchos ministriles, y además dos poetas que cantaron en latín sus bazañas novelescas. Refiere además, que habiendo concluido Ricardo su expedición con mas gloria que ventaja, trató de volverse á Inglaterra; pero obligado á atravesar la Alemania en traje de peregrino, fué arrestado por Leopoldo, duque de Austria, quien le puso en estrecha prisión para venderlo al emperador de Alemania. Por mucho tiempo se ignoró el paradero de Ricardo, y solo llegó á descubrirse porque Blondel de Nesle, ministril francés y favorito de dicho rey, despues de recorrer varias capitales, acordó á pasar inmediato á un castillo perteneciente al duque de Austria; y habiendo llegado á saber que en él estaba encerrado hacia tiempo un alto personaje, se colocó debajo de una ventana, y acompañado de su harpa, principió á entonar una canción francesa, que Ricardo y él habían compuesto. Luego que el rey, que en efecto estaba allí encerrado, oyó la mitad de una estrofa, conoció que era Blondel, y en la primera pausa que este hizo, continuó con su harpa la otra mitad. Convencido Blondel de que había hecho un descubrimiento importante, volvió á Inglaterra y participó á los barones el lugar del destierro de Ricardo, del cual salió por último, mediante un rescate de 480,000 marcos.

Si se ha retratado al ministril comicáticamente como un jóven de bella figura, sentado sobre el césped á las orillas de los ríos y de las cascadas, ó cerca de una fuente cubierta de tilos y madreselva, con la vista fija en las torrecillas de una habitación señorial, respirando amorosas enfechadas, dirigidas á una castellana que finga desdeñar su amor y sus baladas; los ministriles de la edad media, como dice Mazzy (1), no permanecían siempre en una actitud tan amorosa y lánguida: seguían á sus señores, y con una voz mas resonante que el trueno en los bosques silenciosos, entonaban á la cabeza del ejército cantos de gloria y de conquista. Cuando dos tropas enemigas se ponían delante una de otra, los ministriles tomaban ya sus vielas ó violines, ya sus roles ó laudes, como los scaldas y los bardos sus harpas de oro, y recibían, acompañándose, las bazañas de los caballeros que habían muerto peleando, ó vencido en las grandes refriegas.

Esta fué, pues, con corta diferencia, la ocupación del ministril en toda Europa antes de la edad media. En Inglaterra siguieron siempre con la misma preponderancia; pero llegó su número á ser tan crecido, que así por esto como por haberse convertido en bufones, no eran ya apreciados como antes, aunque todavía se buscaban por recreo y pasatiempo. Eduardo II en 1313, se vió obligado á dar un decreto para refrenar la desvergonzada intrusión de los ministriles, que se metían en las cosas sin llamarlos, y los trató de vagabundos y trapaceros, cuya intemperancia era ya demasiado repugnante. Un siglo despues (1464) habían crecido de tal manera estos abusos, que aun el corrupto y cruel Eduardo IV se lamentaba de ellos. Todavía en tiempo de Enrique VIII (1546) continuaban en Inglaterra los ministriles, pues los había al servicio de los nobles y de las familias ricas y poderosas; pero habiéndose hecho unos verdaderos saltimbancos y charlatanes, perdieron su antigua reputación. Walter Scott en *The lay of the last minstrel*, la canción del último ministril, hace que un anciano y enfermo harpista se queje de la suerte del pobre ministril, y recuerde los antiguos tiempos felices.

El traje de los ministriles ha sido diferente en casi todas las naciones donde los hubo. Goffry de Monmouth refiere que los anteriores á la edad media tenían un aspecto clerical, pues iban tonsurados; pero que despues, á pesar de no llevar ya la barba antigua, vestían de un modo elegante y lujoso. Cubríales la cabeza un caprichoso y lindo birrete: el cuello de la camisa se elevaba rizado con pliegues: una túnica de mangas dobles, unas perlas y otras ajustadas al brazo, se abrochaba en el cuello por medio de un boton de oro: zapatos encarnados con ricos lazos; el harpa colgada por delante con gracia, y la llave á un lado pendiente de un cinturón; finalmente, las armas de su señor suspendidas al pecho por una brillante cadena de plata. Es indudable que no todos los ministriles llevaron este traje, ni tocaron el harpa solamente; pero tal era al menos el ministril que el conde de Leicester hizo que se presentase en las fiestas dadas á Isabel de Inglaterra (1373) en el castillo de Kenilworth, vestido según el antiguo traje que aquellos cantores llevaban en la corte, los cuales en las principales solemnidades aparecían montados en magníficos caballos.

Estos eran los ministriles en Inglaterra; pero al en algunos puntos de Europa han quedado noticias de ellos, en ninguna parte tantas como en Francia. Luego que se firmaba una tregua, dice el antes citado Mazzy, ó se concluía un tratado de paz que permitía á los barones el volver á ver sus hogares, la belleza de sus damas y la

(1) Singing the song of Roland, one of famous chiefs of their country.—Gosse's *History of England*.

(2) *Quand ils virent Normans venir* Devant eux allat chantant
Mont virent Angles fromir... De Rollandique et de Rollant
Tallalero el buen cantor E d'Oliveró et des russans
Sur un cheval li tost alou Ki mourent á Roncevalles (2)

(1) 3) *pués en coracions antieris.*

gentileza de sus pages, todos los ministriles acudían á los castillos. A su llegada se bajaban los puentes levadizos, el enano hacia resonar los ecos de su corneta, los escuderos abrían las hojas de las pesadas puertas de bronce, la castellana y sus hijas acudían en tropel, y el ministril, orgulloso con tantos honores, feliz con tantas atenciones, se adelantaba prometiendo alegres trovas y festivas narraciones durante su mirada en el castillo. Con el rostro lleno de insinuante sonrisa les decía:

Por amor de mi amiguita
Cuanto ordene cantaré,
y en su elogio compondré
la cántiga mas bonita.

Soy tañedor de vielas,
sé lindas cosas narrar,
y en mi laúd entonar
serventesios, pastorelas (1).

Después de estas ofertas y cumplimientos, el ministril era introducido á la presencia del orgulloso castellano, y agasajado en recompensa de sus muchas habilidades. Semajante honor, tributado á estos poetas aventureros, podrá quizá parecer exagerado al que no se haga cargo de lo caballeresco de aquella época. De cierto se sabe por las crónicas francesas que los ministriles andaban errantes sin tener una residencia fija, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, en tropas mayores ó menores, con sus mugeres ó hijos, buscando por todas partes cómo divertir á los grandes y á los ricos con elogios, á las mugeres con adulaciones, y con torpes bufonadas á la clase baja del pueblo. Contaban fábulas é historietas, cantaban, hacían de bufones y otras cosas; y según sus varias ocupaciones, se llamaban *Trouvères*, *Troubadours*, *Romanciers*, *Conteurs*, *Chanterres*, *Jongleurs*, *Menestriers*, etc.



El que quería ser un hábil y distinguido ministril, y no un juglar, debía ser músico, narrador y sablo á la vez; estar dispuesto á sostener tesis amorosas ó científicas; en una palabra, á responder de *omni re scibit*. Debía saber contar los sucesos en lengua romana y latina, ó en idioma provenzal; cantar de memoria una gran cantidad de *Lais*, y tocar los instrumentos entonces en uso.

Habla las *chansons de gestes*, canciones de gestes, de contenido histórico; los *romans d'aventures*, en que se cantaban los hechos de los caballeros; poemas nacionales sobre la valentía de los paladines; pero las canciones más usadas eran las *Lais* ó cántigas sobre objetos alegres, tristes, eróticos y devotos, las cuales se acompañaban con el laúd ó el harpa.

El ministril francés salmudiaba los milagros de san Benito, ó las crónicas de san Maglorio; deploraba las desventuras de Baudvitcha la de las cejas rubias, víctima de las asechanzas de Veland, ó la suer-

te lamentable de la castellana de Vergy; era jovial y bufón; popularizaba las canciones de Tihaldo, conde de Champaña y rey de Navarra; punió en verso la fábula de Aucassin y de Nicolasilta su amiga, la del lego fray Dionisio, ó la del sacristán y la mujer del caballero.

Los *Rotruenges* eran unas coplas cantadas en coro ó círculo, y acompañadas con el instrumento llamado *rote*. Los *serventesios* ó *serventes*, serventesios, eran cantos de contenido histórico, y las *Pastourelles*, lo que nosotros llamabamos villanescas ó pastorales. Los ministriles franceses, y los que de Francia venían á España, en especial á Aragon y Cataluña, ademas del harpa tenían otros instrumentos, empleados en ocasiones solennes, ó en las casas de los ricos. Dichos instrumentos era la *Viele*, viola, la *Muse* ó *Musette* ó *cornemuse*, cornamusa, la *Chifonie* (1), el *salteire* y la *Rote*.

Llegándose á pervertir las costumbres de los ministriles hacia la mitad de la edad media, y rehusándose los señores y las castellanas la hospitalidad, se acarrearon el desprecio por todas partes; viéndose reducidos á una vida aventurera y á confundirse con toda clase de jente perdida. En Alemania, dice Lichtenthal (2), los descomulgó la iglesia, y las leyes los declararon como infames; sus hijos no podían aprender ningún oficio, siendo calificados como bastardos. En otros países europeos, y particularmente en Francia, tuvieron por mucho tiempo una suerte igual. Por todas partes fueron acogidos por los hombres, mientras que las leyes los perseguían y los trataban como á la hiez mas vil. Tal fué la consecuencia de su vida desordenada; pero la cultura siempre creciente, y un gusto algo refinado por diversiones mejores produjeron poco á poco una reforma. Viendo los ministriles que con una vida errante iban siempre á menos, eligieron habitaciones fijas, y su estable domicilio les dejó tiempo para perfeccionarse en el arte, conociendo bien pronto cuán absurdo era entregarse á arlequinadas y charlatanerías (3). Con semejante mudanza salieron de los prostituidos ministriles tocadores de toda especie, los cuales, después de sujetarse al orden civil, se emplearon unos en las músicas de iglesia, y otros en las fiestas y danzas públicas. De estos charlatanes nacieron poetas, que si al principio no llegaron á un alto grado de perfección, trazaron la senda de la verdadera y perfecta poesia que mas tarde continuaron los provenzales, como precursores del Dante, Petrarca y Boccaccio.

De este modo, continúa el citado Lichtenthal, se alzaron dos nobles artes del fango, donde estaban sepultadas, por decirlo así, y manejadas por hombres distintos, llegaron al grado de poder servir nobilmente para recreo del espíritu y del corazón. Así es que nacieron clases de verdaderos poetas, y se formaron cuerpos musicales que comenzaron á crearse bajo la protección de los magistrados en los siglos XIII y XIV.

La primera de estas reuniones se fundó en Francia hácia el año 1350, bajo el nombre de *Confrairie de S. Julien des Menestriers*. Sus individuos ó cofrades se llamaban *Compagnons*, *Jongleurs*, *Menestriers* ó *Menestriers* y *Menestrels*. Esta reunion fué autorizada y confirmada por los magistrados en noviembre de 1554. La sociedad eligió no solo un santo protector como fué san Genesit (jugador de cubiletes, romano, el cual vuelto cristiano, murió como mártir en 303), sino también un Preposito, bajo el nombre de *Roi des Menestriers*; pues en aquellos tiempos casi todas las hermandades tenían un jefe con el título de Rey; como se decla también *el rey de los locos*, en la antigua fiesta de dicho nombre (4).

Toda la cofradía habitaba en una sola calle, llamada *Rue de S. Julien des Menestriers*; y si alguna persona quería dar música en ocasion de bodas ó otras fiestas, acudía á aquella calle por tocadores.

A la nueva sociedad le sucedió lo que á casi todas. Llegó también á entregarse á una vida disoluta, y después de varios órdenes severos se dividió en dos partes: una tornó á su antigua manera de vida, bailando en la cuerda; otra se unió nuevamente bajo la tutela de los magistrados, y estando entonces en moda una especie de violín de tres cuerdas, llamado *Bebec*, tomó el título de *Menestrels*. *Joueurs d'instruments*, *tant haut que bas*. El rey Carlos VI confirmó este título en patente de 14 de abril de 1401, la cual comienza de esta manera:

(1) Véase lo que se dice este instrumento en el diccionario de nuestra lengua, en la voz *violante*. Todavía se usan los gallegos y asturianos.

(2) Diccionario de la Música.

(3) Entiéndase que la voz *Charlatanerie* es derivada de la palabra francesa *Charles*. Como los ministriles franceses que andaban de una parte á otra, ademas de sus *Lais* deshonesta no cantaron comunmente otras cosas que las de Carlomagno, los italianos les denominaron los *ciarlati* ó *ciarlatani*, viniendo á convertirse esta palabra en *charlatanes* para nosotros, pero con otra significacion distinta.

(4) Quant au titre de roi... on sait qu'en Mayen-Ago les chefs de certaines corporations étaient ainsi désignés; il y avait un roi de la baloche, un roi des menestriers, un roi des archers, un roi des merciers, un roi des barbiers... et des rois d'autres, *regis armorum*, piqué les héros et les persévérants d'armes.

MARY.

(1) Je chauterai
Et je farai
Chanson joliette
Pour l'amour m' deuoitte.

Car je suis joueur de vielle,
Je suis narrer, je suis fabliaut,
Je sais conter beaux dis amoureux,
Et serventesios et pastorelles.

(MARY)

« Charles, par la grace de Dieu, roi de France; savoir faisons à tous présents et à venir. Nous ayons reçu l'humble supplication du roi des Menestrels et des autres Menestrels, Joueurs des instrumens, tant haut comme bas, contenant comme des l'an 1397 pour leur science de Menestradie, faire et entretenir selon certaines Ordonnances, par eux autrefois faites, et tous Menestrels, tant joueurs de hauts instrumens comme bas, seroit tenu de aller pardevant le dit roi des Menestrels, pour faire serment d'accomplir toutes les choses ci-aprés declarées, etc. »

Las ordenanzas arriba indicadas se referían á bodas y á otros casos en que los ministriles podían tocar. Ignórase la suerte ulterior de esta sociedad despues de dicha patente; pero consta de que tuvo una larga serie de reyes, entre los cuales hubo un Guillermo I y un II, un Domanir, un Constantino, y finalmente un Jean-Pierre Guignon (1). El último se llamó *roi de violons*, rey de las violines, el cual quería tener bajo su dominio no solo á toda clase de música, sino también á los maestros de baile; así es que estuvo un pleito muy serio que perdió, y que indujo al verdadero monarca á abolir en 1775 semejante dignidad musical. Los trámites de esta causa singular se imprimieron de real orden en 1774 con el título de: *Recueil d'Édits, Arrêts du conseil du roi, Lettres-Patentes, etc. en faveur des Musiciens du Royaume.*

Una institución musical semejante á la anterior existía también en Alemania, en donde llamaban á los ministriles *Spielleute*, tocadores. Se ignora precisamente la época de su creación, pero parece que el supremo oficio musical en Viena, llamado *Ober-Spiel-Brosfen*, *Amf.*, bajo cuya jurisdicción estaban los *Mimas*, *Histriones* y músicos de toda el Austria, existía ya en el siglo XIV.

Por último, los ministriles invadieron también la Italia; y Muratori cita una antigua historia de Bolonia en el año 1288 en donde se lee, que esta clase de gentes hormigueaban en las calles de tal modo, que tuvieron que prohibir los magistrados que se pusieran á cantar en las plazas públicas. Refiere igualmente que en 1534 en una fiesta celebrada en Rimini, en ocasión de armar caballeros á algunos nobles italianos, se hallaron presentes mas de mil y quinientos histriones.

En España, como en otras muchas partes, se confundieron á menudo los nombres de ministriles con los de juglares, que indudablemente no eran unos mismos, como tampoco eran iguales los ministriles á los trovadores, aunque de ella se encuentran ejemplos. Entre nosotros el ministril ó juglar tuvo algunas preeminencias por ser cantor, músico y poeta al mismo tiempo. Así se deduce de lo que se lee en el privilegio de la confirmación del *Fuero de los Francos*, dado por don Alonso VII en Burgos, cuando recibió la corona en dicha ciudad. En este privilegio, formado no solo por don Alonso sino por varios personajes, en la cuarta columna se halla la firma de un juglar ó músico de profesión, llamado *Palea*, en estos términos: *Palea juglar confirmat*; lo cual indica que los tales cantores tenían por entonces en España alguna importancia.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Á decir verdad, ya yo estaba preparado á una cita fuera de las reglas ordinarias, pensando que mi jamona, como casi todas las mujeres de sus años, brutaría de suplir con el aparato escénico todo lo que á sus encantos faltaba de juventud y lozanía; pero íbame pareciendo sobrado misterio y maquinaria excesiva; la de tenerme en tinieblas y privado de oír humana voz. Así, pues, que hubo tomado asiento, y asegurádome con el suave contacto de unos rizos perfumados y ondulantes, de que tenía á mi lado, en efecto, á un individuo

del bello sexo, resolvíme á entablar vigorosamente la conversacion; mas apenas hubo pronunciado la primer palabra, y al mismo tiempo estendido el brazo derecho para tomar con él la moleda de la cintura de la invisible belleza, cuando esta, dando un ligerísimo salto, se puso fuera de mi alcance, y con su mano suave y pequeña, pero firme al mismo tiempo, me tapó la boca, diciéndome en voz algo conmovida:

—¡Silencio! Espérese V. aquí y no se mueva hasta que venga la persona que busca.»

La mortaja que me habian puesto me pareció tan lida, que no pude menos de embeterarme en ella mientras la voz hablaba; pero como aquel ejercicio era incompatible con la necesidad de contestar á la desconocida, hué de ponerle término para decir:

«La que yo busco eres tú.»—¡Silencio!, me interrumpieron, si nos oyera! La que V. busca vendrá. Adios.»

Mientras tal me decían habia yo dado con la cintura que antes se me escapara, y sentido latir bajo un corpiño admirablemente ajustado al tallo de su portadora, un corazón que no debia de estar muy sereno; por manera que, sin fatuidad, pude persuádmeme de que, fuese ó no fuese aquella mujer la que me citaba, mi persona no le era indiferente.

Á mis años entonces la consecuencia de observaciones semejantes es la de mostrarse, cuando menos, agradecido á la buena voluntad de una mujer; y yo, señores, olvidando ya á todas las jamonas del mundo, quisiera probarle mi gratitud á la invisible sultana; mas ella, ó comprendiendo el riesgo, ó temiendo otros peligros, desasistió de mis brazos, no sin que, no sé cómo, se rozaron muy de cerca nuestros rostros, y salió del cuarto en que estábamos cerrando tras de sí una puerta.

—«Basta por hoy, dijo don Diego, que es tarde; y el brigadier va complaciéndose demasiado en cuadros sobradamente peligrosos.»

Y con tal observación de nuestro Aristarco se terminó la sesión de aquella tarde.

X.

Una hija tan buena como su madre.

Sotopardo. Una hora ó mas tiempo acaso, estuve solo, y no separado por cierto, en el oscuro gabinete: mas al cabo, oido un portazo, y la despedida en voz gangosa y sordo nasal de un prójimo, cuya visita sin duda era causa de mi planton, entró á sacarme de penas con una luz en la mano la jamona del parito, la Antonia que pasaba por mujer del supuesto don Juan de Betama, la *Milagros*, en fin, causa ocasional, sino fundamental, del descrédito, ruina y envilecimiento de don Fadrique de Vargas.

No quiero, señores, no debo tampoco molestar ni escandalizar á VV., y en particular al severísimo señor don Diego, con relatos profanos y ocasionados: facilmente adivinarán que entre un capitán de caballería joven y fogoso, y una *Aspatia* de origen egipcio, por no decir gitano, ni el concierto sería difícil, ni lánguida la conversacion: pero lo que no puedo menos de indicar, siquiera en disculpa de mi estragado gusto, ó en prueba de la inestabilidad de ciertas inclinaciones, es que á poco tiempo de entrevista se apoderó de mi ánimo un sentimiento mas fácil de comprender que de explicar. ¿Han tenido VV. hambre alguna vez, y necesidad absoluta de satisfacerla en la ahumada cocina de un ventorrillo?—Pues figuréme, si por ello no han pasado como yo, que se han comido un plato de sopas hechas con ajo, cebolla y cominos, cuyas primeras cucharadas afectaron agradablemente su paladar escitado; pero que satisfecho el apetito recobran el gusto perdido, y sienten un asco invencible, que les hace echar de menos hasta el hambre misma. Tal me sucedió con la veterana *Aspatia*, y como nunca he sido muy diestro en disimular mis afectos, ella, á pesar de mis esfuerzos paró ocultar el aburrimiento que me dominaba, hubo de conocerlo sin duda alguna. Precisamente su situación era la contraria: en general donde la pasión para el hombre comienza á declinar nace la de las mujeres; y la *ultra-quinovales*, sobre todo, se pagan de sus galanes favorecidos y á ellos se aferran como el marisco á la roca en que nace.

Dicho esto, amigos míos, comprenderán VV. que desde nuestra primera entrevista se convirtieron aquellas relaciones en una lucha en que, si estaban de mi parte la fuerza y la juventud, de la suya tenia mi adversaria la habilidad y la experiencia, bastantes por algun tiempo á equilibrar el combate; pero un tercer personaje, oculto por el momento en la sombra del cuadro, habia resuelto complicar el negocio y supó conseguirlo en efecto.

No sabia yo cómo defenderme del cargo de tibieza que con harta justicia se me hacia, y acudí á los celos, que hice recaer—¿Por qué? Yo mismo lo ignora, pero que, en fin, hice recaer sobre la voz gangosa, cuya despedida fue prologo á mi supuesta ventura—*Milagros* que no esperaba tan brusco ataque se turbó un instante, mas recobrado en breve su serenidad, dijo riéndose que aquella voz

[1] D'Amange habla tambien de un documento de 1538, en el que se lee: *Je Robert Couron roi des Menestrels du Royaume de France*; y de otros documentos de 1537 y 1562 en los que se menciona á un tal *Coplin du Brequin* como rey de los ministriles del reino de Francia. Estos reyes recibían tambien coronas de plata y como se habia de los gozaba ocupados en la libertad del rey Juan I en 1307, habia presenciar en 1336 cerca de Calera, pues entre otras cosas se lee: *Pour une couronne d'argent qu'il donna le jour de la Nativité en voyant Menestrels.*

era la de un buen religioso, padre jubilado de cierta orden monástica, y protector de la familia, á quien debían ella y su hija la libertad de que gozaban, y por cuya intercesión esperaban conseguir la de su marido que aun continuaba preso. Una vez ya la conversacion en tal capítulo, naturalmente entraba la novela sentimental de las desgracias de la familia, la brutalidad de su jefe, la desdicha de la pobre *vecina*, y la dura necesidad de *descender* de la altura en que se había nacido, etc.—Todo lo escuché con el aire de compuncion conveniente, y como el deseo de que no se variase de tema por el momento me hizo amable y hasta cariñoso, Milagros recibió pronto la perdida confianza.

Yo entonces, tanto por cumplir mi palabra, como por proporcionarme compañía en aquella aventura, traté de hacer algo por Mendoza, y para ello empecé preguntando á la Gitana por su hija.—Un relámpago de celosa desconfianza brilló en sus negros rutilantes ojos al escuchar mi pregunta, pero tan rápido como venenoso; y si bien en el momento lo atribuí solo al sentimiento de envidia natural en todas las jamonas gitanas contra las mugeres jóvenes y hermosas, aunque sean sus propias hijas, mas tarde me he dicho muchas veces que debí haber adivinado á la *Vieja* en aquella sola mirada.—Como quiera que sea, Milagros, dominándose, consintió con dificultad en que Mendoza visitara su casa, pero anunciándome que le vigilaría muy de cerca: no queriendo, me dijo, que su hija se perdiese, aunque ella misma no era buena.—Parecióme tal sentimiento sobrado natural y justo para contradecirlo; pero aun con ser joven entonces se me ocurrió la idea de que le estuviera mejor á la madre, y fuera mas eficaz para la virtud de la hija, que diese aquella á ésta buenos ejemplos con su vida, que guardarla con celoso esmero.

La verdad era que hija y madre, dignísimas la una de la otra, habían comprendido el bestial candor de mi compañero, y resuelto en consecuencia encaminar el negocio por la senda del santo matrimonio, para la cual era excelente medio multiplicar los obstáculos y persuadir al pretendiente de que aquella fortaleza era poco menos que insuperable.

Semejante táctica hubiera sido conmigo de poco provecho; con Mendoza, mortal predestinado á la bestitud que procede de una ceguera moral incurable, debía ser y fué al cabo omnipotente; pero no anticipemos los sucesos.

Convenidos Milagros y yo en un plan de vida mas que recojido, si bien cauto en extremo, mientras su marido salia de la cárcel, y presentado Mendoza en la casa, establese un cuarteto en el cual la armonía resultaba solo de las disonancias.

Mendoza hacia el amante sentimental de pais de abanico; Matilde la coqueta risueña, la virtud alegre aunque invencible; mi jamona la mujer de mundo apasionada; yo el calavera francamente escéptico. Estó en las apariencias, que en el fondo de los corazones otra cosa pasaba, á escepcion de mi pobre compañero, que era víctima de una pasión sincerísima. En efecto, Matilde, despreciado á Mendoza, me lanzaba las mas expresivas ojeadas siempre que á hurtadillas de su madre podía hacerlo; yo, recordando la céntrica que había medido la noche de mi primera entrevista con Milagros, y lo que era peor, comparando la belleza sin artificios, fresca, aromática, por decirlo así, de la hija, con los encantos industriales de la madre, me sentía á mi pesar arrastrado hácia la primera de tal modo, que solo por no privarme de venta me resignaba á no romper con la última. ¿Qué diré á VV. de Milagros? Entonces la veía ciega; hoy me encuentro convencido de que vela claramente lo que en mi pasaba; mas por lo mismo, conociendo que una sola queja la hubiera perdido, se resignaba á dejarse abusar por la llama que otra encendía. Y cuando digo que se resignaba, quizá no me explico con toda propiedad, porque de vez en cuando el volcan contenido hacia su explosión, ya contra mí, ya con mas frecuencia contra Matilde; y casi constantemente contra el pobre Mendoza, que se desvivía, sin embargo, por complacer á la madre de la reina y señora de sus pensamientos.

Sentiría que se figuraran VV. que, al menos por lo que á mí respecta, la situación que he procurado describirles, fuese en la época á que me refiero tan clara y paladina como hoy la veo. No: en mi cabeza no entraba la idea de hacer una flonía á mi compañero, ni por consiguiente una infidelidad á Milagros con su propia hija; pero la fatalidad me arrastraba insensible, aunque poderosamente, á cometer ambas faltas.

Con las dos mugeres que en aquel drama intervenian las porrepias y las catástrofes mismas no podian hacerse esperar mucho tiempo. En las venas de entrambas circulaba la sangre ardiente de los hijos del Desierto: el amor en sus corazones participaba del frenesí del odio; y el odio mismo se sublimaba. La una y la otra eran incapaces de virtud; el vicio y aun el crimen en vacacion; hasta entonces estuvieron de acuerdo, porque nunca aspiraron á una misma cosa;

desde el momento en que la una poseia á un hombre que la otra deseaba, debían ser y fueron implacables enemigas.

A los dos ó tres meses de nuestras relaciones ya no nos unian á unos con otros los lazos del placer, sino los de un sentimiento verdaderamente infernal, que afectando diversas formas segun la índole especial de cada uno de nosotros, era, sin embargo, uno en la esencia; uno que todos conocemos, ninguno acierta á explicar, y á que yo mismo no sé poner nombre. La verdad es que á las leyes de la moral no se falta nunca impunemente, y que el mas cruel de los castigos que por culpas de tal naturaleza se imponen al hombre, es en mi concepto ese malestar indefinible, ese desabrimiento consigo mismo, ese anhelo insaciable de nuevos deleites, esa instabilidad en sus gustos, que le amargan los que logra, le empalagan con los que goza, y le inhabilitan para los que son objeto de sus aspiraciones.

La inmoralidad es una harpa que hace inaudito todo aquello que toca.

Pero, volviendo á mi cuento, pasaron unos tres meses, durante los cuales el don Juan de Retama, á ruego de buenos, logró, segun me dijo su digna esposa, que la pena durísima que le amenazaba se conmutase en destierro de la monarquía española. Milagros y su hija permanecieron en Madrid á pretexto de arreglar negocios y recoger algunas cantidades que, decian, les adelantaban ciertos sujetos, mas en realidad porque ni á la una ni á la otra convenia salir por entonces de la Corte. La madre tenia para ello, fuera de la pasión de que yo era objeto, otras razones que pronto conocerán VV.; en cuanto á la hija, ¿cómo había de renunciar á la esperanza de casarse, aun sin tomar en cuenta su diabólica inclinación á mi humilde persona?—Mas en medio de todo, lo que entonces me asombraba y ahora supongo que admirará á VV., amigos míos, es que aquellas mugeres á quienes poco tiempo antes conocimos en un garapón inundo y en la mayor miseria, viviesen, como vivian, en decente, desahogada medianía, sin aceptar ni de Mendoza ni de mí aun aquellos regalos que son como de tabla en semejantes casos. ¿Cómo! pensaré alguno; y es posible que por parte de Matilde lo hubiese, mas por lo que respecta á Milagros el desinterés era sincero entonces, y no se me rian ustedes, porque digo la verdad entera. Si, aquella muger, como todas las de su misma edad y circunstancias cuando se apasionan, sintiendo instintivamente cuanto los falta en atractivos y los sobra en años para cautivar un corazón joven y ardiente, procura, y sin cálculo, elevarse por medio del mas completo desinterés á la región de los nobles sentimientos. En tal situación las hay que, en una necesidad extrema, preferirian prostituirse á un extraño á recibir una sola moneda de manos de su amante.

Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que en materia de dinero no es posible conducirse con mas desinterés que aquellas dos mugeres se conducian con nosotros. Así Mendoza, enamorándose mas y mas cada dia, y hallando un muro de hielo que rechazaba el ardor de sus deseos, resolvió, en fin, casarse, pero ocultándome aquella determinación cuidadosamente, porque cuantas veces me la había insinuado, recibí en respuesta ó severas advertencias ó amargos sarcasmos. Matilde, por su parte, ya de malísima fé con su madre, y con su plan formado á mayor abundamiento, nada más dijo á Milagros ni á mí; por manera, que ya mi compañero tenia conseguida la Real licencia para contraer matrimonio, cuando, ignorándolo absolutamente nosotros, ocurrió la escena que voy á referir á VV. seguidamente.

Antes, empero, conviene advertir que el Padre jubilado, protector de aquella desgraciada familia, tenia costumbre de visitarla dos veces á la semana, siempre á la misma hora, que era la del anochecer. Recibíale Milagros, en general, á solas; pocas veces Matilde; y cuidábase infinito de que ignorase nuestras visitas; porque era preciso, se nos decía, que el santo varon no pudiese ni sospechar siquiera los deslices de aquellas á quienes por buenas tenia y en tal concepto amparaba. Ni naturaleza ha sido siempre singular: siendo muy poco creyente, es, sin embargo, facilísimo engañarme, porque aquello que juzgo absurdo ó que me es antipático, me parece en todos imposible. Así juró á VV. que, considerando á un fraile como una especie de animal neutro, jamás me pasó por la cabeza la idea de recibir nada de aquellas entrevistas periódicas, á solas, y en general muy largas. Verdad es que, no estando enamorado, ni mucho menos, de Milagros, la sensibilidad del órgano de los celos estaba lejos de ser entonces exquisita en mí; y verdad tambien que, como una ó dos veces, ausente Mendoza, no reñeré por qué motivo, me hallé á solas con Matilde mientras su madre daba conversacion al reverendo, lejos de sentir las visitas de este, sospecho que las deseaba, ó cuando menos que con placer las veía.

Y sin embargo, como en las posiciones falsas es todo contradictorio, nada conduce al fin deseado, yo, que andaba huyendo á solas con Matilde, cuando lo conseguia dejábame dominar por una timidez, ó mas bien perplejidad, tanto mas pensosa cuanto mas ágena

á mi carácter naturalmente audaz y osado. Ella por su parte no parecía tampoco mas satisfecha que yo, y llegó á acontecernos haber pasado hora y media sin testigos, ambos sentados cada uno al extremo de un mismo sofá, sin habernos dicho mas de media docena de palabras, y esas insignificantes, ó ineportunas, ó necias. Así, mal contentos el uno del otro, nos cogía la llegada de Milagros y de Mendoza, y en aquel momento era cuando con una mirada nos decíamos: «¡Qué lástima!; Ahora que ya íbamos á entablar la conversacion!»

Matilde, á quien Alfonso ha conocido bastante hermosa para justificar la frenética pasión que supo inspirarle, era en la época á que me refiero una perfecta hermosura, y mas que bella graciosa; y sobre la hermosura y la gracia, tenía ese don de seducir, esa atmósfera de voluptuosidad que irradia de ciertas privilegiadas mugeres, y trastorna el juicio de cuantos se les acercan. En punto á juicio ya saben VV. el poco que por entonces tenía mi pobre cabeza: figúrense, pues, cómo me puso aquella irresistible sirena.

Pero todavía no comprenderán VV. bien las situaciones si no se hacea cargo de que la hija de Milagros estaba (confieso que parece inmodesto decirlo) perdidamente enamorada del amante de su madre.

Don Diego. ¡No estaria malo el amor de aquella Pécora! Por Dios, Brigadier, que no me parece que se ha curado V. aun radicalmente.

Sotomayor. Tan radicalmente, que hablo del *Edipo* de entonces, como pudiera de Carlos de Suecia, ó de cualquiera otro difunto há siglos: pero Matilde me amaba, es verdad y debo decirlo.

Expliquémonos: sin embargo: si por amor entendemos aquí los primeros ardientes latidos de un corazón puro é inocente, una flama eterea como la *Psiquis*, la aspiracion de una *santa Teresa* á los

brazos de su divino esposo, entonces digo que Matilde era incapaz de amar ni á mi ni á nadie. La voluptuosidad carnal era el elemento dominante en la constitucion orgánica de aquella mujer, y las circunstancias de su nacimiento, familia y educacion lejos de espiritualizarla, contribuyeron á robustecer su natural índole: pero Matilde podia amar y me amaba positivamente con el frenesí de una *Safa*, con la intensidad de una *Vedra*, con la saña de una *Clitumnestra*. No era á mí, si VV. quieren, á quien realmente amaba, sino á sí misma: no fui yo el autor del fuego que la devoraba, sino la causa ocasional que de su estado latente fui á sacarlo: pero como objeto de sus deseos, ó como posesion para ella vedada, el hecho es que por mí y para mí vivia entonces, y que para llegar hasta mí hubiera sido capaz de locuras, y hasta de crímenes.

Escasa era la moralidad de aquella mujer, escasa por no decir nula, pero no obstante hay en todas las conciencias un grito de reprobacion para ciertas acciones que difícilmente se sofoca; y ese grito decía á Matilde: «*Aparta los lascivos ojos del amante de tu madre.*» Oída esa voz, un corazón entero y virtuoso aparta de sí la tentacion; el débil se refugia en brazos de la religion ó huye del objeto de su mal deseo; el impudico sucumbe indignamente; mas el impio se dice: «*Cómplase mi voluntad y ábrase el abismo para tragarme.*»

Tales debian de ser los raciocinios de don Juan Tenorio, tal fué el de Matilde, que no ignorante, ni alucinada, sino á sabiendas, y con lógica resolucion, se propuso ser mia, por no decir que yo fuese suyo.

(Continuará.)

PATRICK DE LA ESCOUSA.



(El Centinela.)